



VAGANDO POR EL AEROPUERTO

Últimamente me está tocando viajar mucho, y la semana pasada, encima, pillé un retraso de más de una hora en la salida de mi vuelo de vuelta a casa.

Sin ganas de hacer nada, (había tenido un curso y estaba agotado) me dediqué a vagar por el aeropuerto. Paseé arriba y abajo por la terminal, entré en el quiosco, curioseé sin un interés especial los libros que tenían, y acabé en un rincón con vista a las pistas viendo aterrizar y despegar los aviones.

Y de repente, sin que lo estuviera pensando, me vino a la cabeza la solución a un problema que tenía y que no acababa de saber cómo resolver. Como por arte de magia, se me encajaron todas las piezas y lo vi claro.

Me di cuenta de que estaba experimentando en propia piel lo que la autora Sherry Turkle, en su libro “a propósito de la conversación”, cuenta: que el cerebro necesita esos momentos de pausa, de no hacer nada, para consolidar las ideas, y que es en estos momentos en los que puede surgir esa solución o esa idea que no encontrábamos. No es un proceso consciente, y por eso la solución puede llegarte por sorpresa, sin que la esperes y sin que estés pensando en aquello.

Creía que estaba perdiendo el tiempo, y en realidad fue el tiempo mejor invertido.

Inmediatamente, y por pura curiosidad profesional, me dediqué a ver qué hacían las personas que esperaban. La inmensa mayoría, casi todos, estaban viendo algo o chateando con sus móviles.

Mirar libros sin verlos, mirar aviones sin verlos, dejar vagar la mente. No hacer nada. Es lo que nuestro cerebro necesita para asentar las cosas. Es como cuando el agua va llena de arena, que necesita un tiempo para que esa arena se deposite y el agua quede clara. Pero si agitamos el agua continuamente, la arena nunca se deposita, y el agua está permanentemente turbia.

¿TOMAMOS UN CAFÉ?

Perdamos más el tiempo, que sin duda lo estaremos ganando.